



A1449

11/06/2002 VIAJE OFICIAL A ALEMANIA

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA INAUGURACIÓN DE LA ASAMBLEA ANUAL DE LA ASOCIACIÓN DE LA INDUSTRIA ALEMANA

Berlín, 11-06-2002

Señor Canciller Schröder, señor Presidente de la Asociación Federal de la Industria Alemana, señoras y señores,

Quisiera, en primer lugar, agradecer sinceramente la oportunidad que la Asociación de la Industria Alemana me ha brindado para asistir a esta Asamblea Anual. Ha sido un placer para mí aceptar la invitación. Siempre he mantenido una cordial relación con esta organización, lo que no sino reflejo de la estrecha relación existente entre dos de los grandes Estados de la Unión Europea, como son Alemania y España.

Me parece oportuno, ante este foro de buenos conocedores de la realidad económica europea, hacer algunas reflexiones sobre el momento que vivimos y sobre el camino que Europa debe seguir para alcanzar mayores cotas de crecimiento económico y prosperidad.

Creo que es obligado comenzar reconociendo que los últimos meses no han sido fáciles desde el punto de vista de la coyuntura económica. En el último año y medio la actividad económica de la Unión Europea se ha venido desacelerando hasta alcanzar una actuación prácticamente de estancamiento; pero, de acuerdo con los últimos datos, es posible que lo peor haya pasado.

Los datos trimestrales de crecimiento de la Unión Europea, recientemente publicados, muestran el retorno a una senda de crecimiento. Quizá aún débil, pero parece haberse producido ya un punto de inflexión. Ya no se trata de tasas negativas como en el último trimestre de 2001 y esto alienta nuestra confianza en la recuperación; recuperación que, de cumplirse las expectativas de la mayor parte de los analistas, llevará a la economía europea a volver a crecer alrededor del 3 por 100 en el año 2003.

Los agentes económicos creo que así parecen entenderlo, como reflejan también las positivas tendencias de los índices de confianza industrial y de los consumidores en los últimos meses o el buen dato arrojado por el índice de confianza empresarial, sin ir más lejos, el mes pasado. La favorable evolución del euro en las últimas semanas no deja de ser también una señal que podría apuntar una percepción de una mayor fortaleza en la economía europea por parte de los mercados.

Señoras y señores,

Yo, desde luego, coincido con los que hacen un diagnóstico positivo para los próximos meses y soy optimista porque creo que hay fundadas razones para ello. La base de mi optimismo se encuentra en que, a mi juicio, las dos fortalezas de la economía europea, la estabilidad macroeconómica y las importantes reformas en curso que nos permitirán aumentar nuestro potencial de crecimiento, están en marcha.

En el plano económico contamos con una situación suficientemente sólida, una posición de partida más saneada que en ocasiones anteriores para empezar a crecer con vigor. La inflación en Europa se encuentra controlada y en torno al 2 por 100; los tipos de interés reales se encuentran en niveles históricamente bajos, lo cual debe permitir el relanzamiento de la inversión y de la actividad; y, a pesar de un cierto deterioro relacionado con el ciclo, las finanzas públicas se encuentran, en líneas generales, en una situación fundamentalmente saneada, muy lejos de los déficits medios del 5 por 100 de la primera mitad de los años 90. Diríase que hemos aprendido la lección.

Ahora conocemos bien las ventajas de la estabilidad presupuestaria; ahora conocemos las ventajas de un marco sólido, predecible y disciplinado de cuentas públicas para los operadores económicos; ahora conocemos más ventajas en términos de mejor financiación para las empresas y para las familias a tipos de interés reducidos, más espacios para la iniciativa privada, más oportunidades para el espíritu emprendedor.

Por eso nos comprometimos todos en Barcelona a alcanzar una situación próxima al equilibrio presupuestario en 2004; una situación que dará margen de maniobra para reducir impuestos a aquellos Estados miembros que lo estimen oportuno y para afrontar también, a través de las reformas necesarias, el ineludible proceso de envejecimiento de la población.

A todo ello, sin duda hay que sumar el marco de estabilidad y de seguridad que nos proporciona el euro.

El euro, por lo tanto, menores déficits, menores niveles de deuda, reducidos tipos de interés, una inflación estable, son fundamentos económicos de los que Europa nos disponía desde hace mucho tiempo y ahora, que comienza la recuperación, son elementos indispensables que ofrecen condiciones para el crecimiento y para el empleo. Hemos afrontado una desaceleración económica profunda, incluso si se quiere una crisis muy seria; pero tenemos una capacidad mayor para responder a esa situación y tenemos en este momento una oportunidad mucho más sólida para iniciar la recuperación.

Pues bien, amigas y amigos, como les decía, el segundo elemento que me permite mirar con optimismo el futuro de la Unión son las reformas económicas. Éste es un compromiso que tiene que ver mucho con la existencia de una moneda única en Europa. El euro es, sin duda, una señal para una mayor integración europea, pero también como tal debe funcionar como un claro instrumento económico. El euro debe ser un instrumento de prosperidad al servicio de todos los europeos con un potencial innegable. Ahora bien, no nos engañemos, porque para aprovechar todo el potencial que nos ofrece el euro los Gobiernos europeos hemos de actuar y hemos de actuar conforme a las exigencias, a la lógica, a las pautas, que nos indican la propia existencia del euro.

En mi opinión, el euro nos marca tres líneas de acción para el futuro:

En primer lugar, sabemos que una unión monetaria ofrece mayores beneficios a sus participantes a medida que aumenta el grado de integración de sus economías. Por ello, los Gobiernos tenemos una responsabilidad clara ante nuestras empresas y ciudadanos, que es hacer realidad una Europa con mercados y con sectores cada vez más integrados; una Europa donde las personas, los productos, los servicios, los capitales, se muevan con libertad, donde funcionen redes e infraestructuras de interconexión a escala europea.

En segundo lugar, sabemos que en una unión monetaria ya no son posibles los ajustes entre nuestras economías a través de los tipos de cambio. ¿Qué quiere decir esto? Esto quiere decir que se convierten en inaplazables las reformas estructurales necesarias para que nuestros mercados puedan ajustarse con agilidad. Debemos afrontar con serenidad y con seriedad la flexibilización de nuestras economías, sabiendo que, si lo que queremos es seguir siendo una de las áreas más prósperas del mundo, no hay alternativas, no hay atajos. Más flexibilidad quiere decir más oportunidades, más crecimiento, más empleo y más cohesión social.

En tercer lugar, sabemos que debemos seguir avanzando en la coordinación de nuestras políticas macroeconómicas. En un área como la nuestra las opciones de política presupuestaria que adoptemos los Gobiernos desbordan en sus efectos los marcos de nuestros países. Nuestras políticas macro tienen que combinarse para ofrecer un todo coherente en la Europa de hoy; lo contrario debilitaría al euro y nos llevaría a perder oportunidades.

Señoras y señores,

Yo tengo plena confianza en que los principios que les he presentado son los que funcionan y mi confianza es firme porque es una confianza basada en la experiencia. En los últimos años la política española ha tenido muy claros sus ejes fundamentales: estabilidad, privatización, apertura, liberalización y reformas estructurales. Con ello queríamos hacer posible la caída de los tipos de interés; buscábamos abrir más espacios a la iniciativa y a la inversión; buscábamos flexibilizar el funcionamiento de nuestros sectores y mercados; crear entornos favorables para la inversión y la actividad empresarial, desde la convicción de que una economía en crecimiento es la mejor política social posible y existente.

Esos mismos principios son los que hoy ha impulsado las tareas de la Presidencia española de la Unión Europea. Este último mes de la Presidencia española creo que es un buen momento para hacer balance del proceso de reformas de la Unión; un proceso, como digo, absolutamente indispensable desde la llegada del euro y un proceso que, como saben, fue reafirmado en el Consejo Europeo de Barcelona.

En Barcelona se tomaron decisiones importantes y se dio un buen impulso a lo que conocemos como el "espíritu de Lisboa": reforzar y modernizar nuestro sistema económico y social, convertir a Europa en uno de los espacios económicos más competitivos y más flexibles del mundo. Las conclusiones del éxito de Barcelona se fraguaron porque existían valores compartidos entre los Estados miembros; se fraguaron

en el consenso y en la cooperación de todos, incluyendo a los agentes sociales e incluyendo, particularmente, a ustedes, los empresarios. Ustedes se mostraron activos -- y soy especial testigo de ello-- a la hora de identificar sus prioridades, de aportar ideas, de aportar contenidos, de apostar por unas líneas y por un rumbo claro para la política europea. Yo creo que buena parte de sus aportaciones y de sus ideas se vieron recogidas en Barcelona.

Permítanme muy brevemente hacer referencia algunas de las cuestiones que nos pueden indicar que estamos en ese buen camino de reformas en Europa. Yo creo que ninguna economía nacional, y menos la europea, puede funcionar eficientemente sin un sistema financiero que permita una correcta asignación del ahorro y una financiación de la inversión al menor coste posible.

Conscientes de esta realidad hemos impulsado avances en materia de mercados financieros. Una vez superadas las dificultades iniciales, estamos desarrollando plenamente el mercado único financiero; estamos ya obteniendo resultados en un buen número de normas sobre contabilidad, sobre abuso de mercado, sobre conglomerados, incluso sobre fondos de pensiones, lo cual era impensable hace algunas semanas. Estas medidas, según los estudios más solventes, pueden suponer un crecimiento adicional de entre el 0'5 y el 0'7 por 100 anuales en la Unión Europea. Esto nos debe dar una buena idea de la importancia de las decisiones que adoptamos en Barcelona.

También sabemos que unos servicios de calidad y menores precios en el sector de la energía son dos exigencias fundamentales para la competitividad europea. También en este campo conseguimos avances en la apertura de los mercados y en la integración de los mismos con mayores interconexiones. En el año 2004 estarán abiertos los mercados de gas y electricidad para todas las empresas europeas, lo cual supone el 70 por 100 del mercado europeo. Acordamos tener interconexiones de, al menos, el 10 por 100 de la capacidad de generación instalada en el año 2005. Quedan así puestas las bases de un mercado europeo de electricidad abierto e integrado, lo cual es fundamental para nosotros económicamente.

Lanzamos nuevas iniciativas en materia de transportes y telecomunicaciones. Revisaremos este año las redes de transportes europeas; ponemos en marcha los programas de navegación por satélite Galileo, esenciales para el desarrollo tecnológico europeo; acordamos la entrada en vigor del "cielo único" europeo en el año 2004; damos prioridad al desarrollo de las redes de banda ancha.

Pero ninguna de todas estas cosas tiene sentido si no se traduce en creación de empleo y el pleno empleo, al final, constituye el fin último y la razón de nuestra política de reformas. Como ustedes saben, nuestra aspiración es crear veinte millones de empleos a lo largo de esta década en Europa. Ése es un compromiso que, ahora que puede haber dificultades en algunos países en la creación de empleo, queremos y quiero expresamente reafirmarlo.

Barcelona tuvo un amplio acuerdo sobre la necesidad de eliminar trabas a la incorporación de los europeos al mercado de trabajo: trabas relacionadas con los sistemas fiscales, con los sistemas de protección fiscal y trabas a la movilidad de los trabajadores en el marco de la Unión. Precisamente eso es lo que ha movido el Gobierno de España a introducir la reciente reforma del sistema de protección de

desempleo en España: dar mayor cobertura a los verdaderamente desprotegidos y facilitar mayores oportunidades e incentivos a todos los trabajadores a la hora de buscar o aceptar un empleo.

El sistema y el Estado de Bienestar están concebidos para ayudar al que lo necesite y para ofrecer oportunidades al que las busque, e incentivos al que quiere y desea trabajar; pero el sistema no puede estar pasivamente beneficiando exactamente a quien no lo necesita o a quien no muestra el deseo o el movimiento necesario para encontrar un puesto de trabajo.

Les digo, antes de terminar, una pequeña convicción muy arraigada en mí: sinceramente, o hay reformas, y reformas importantes, en el marco del empleo, o no habrá empleo. La opción es, por lo tanto, o reformas, o desempleo. Mi elección es muy clara por la vía de las reformas, asumiendo, evidentemente, que hacer reformas es siempre difícil.

Quiero mantener con tenacidad todas esas reformas y objetivos que nos hemos propuesto. Deseo ver como la Unión Europea desempeña cada vez más un liderazgo hacia una economía más abierta y más competitiva; una Europa que estamos modelando y que, naturalmente, está abocada a tener que asumir más responsabilidades a lo largo de estos años. Los ciudadanos y las empresas necesitan estímulos y oportunidades, que surgen de un mercado interior más integrado y con menos barreras.

En el Consejo de Barcelona y en las últimas semanas se han producido avances en esa línea; pero debemos seguir trabajando con la misma determinación que nos ha llevado a éxitos colectivos como el de la introducción del euro y, para ello, toda contribución es poca. Estoy seguro de que ustedes, con las discusiones sobre economía, tecnología o industria que van a mantener a lo largo de la tarde, harán también una aportación a este objetivo común.

Muchas gracias.